



AÑO II

← BARCELONA 24 DE DICIEMBRE DE 1883 →

NÚM. 104

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

REVISTA DE MADRID, por D. Pedro Bofill.—NUESTROS GRABADOS.—LAS NARICES DE SU ALTEZA (*conclusion*), por don Carlos Coello.—EL ÚLTIMO DÍA DEL AÑO, por D. Benito Mas y Prat.—EL POSTRE DE NOCHE-BUENA, por D. Florencio Moreno Godino.—EL LENGUAJE COMO CÓPULA MENTAL, por D. U. Gonzalez Serrano.

GRABADOS.—LA VÍRGEN DE LA SILLA, cuadro por Rafael.—RESPECTEMOS LOS JUICIOS DE DIOS, cuadro por W. Amberg.—MUER-

TE DE RUBENS, cuadro por Bree.—LA MITRA DE NAVIDAD, busto por E. Clarasó.—CORONACION DE LA VÍRGEN, cuadro por Morretto de Brescia.—Lámina suelta, ALEGORÍA DE LA NATIVIDAD DE N. S. JESUCRISTO, cuadro por el Correggio.

REVISTA DE MADRID

*La Pasionaria*.—Entusiasmo del público.—Salidas del autor.—Omission de los lunares.—Futuros triunfos.—El corazon y la ley.—Las mujeres que matan.—El asueto de los estudiantes.—El calendario de ayer y el almanaque de hoy.—Los números que salen.

El único foco de calor que hay ahora en Madrid es el teatro de la Zarzuela.

*La pasionaria* enardece los corazones. Todas las noches acude numeroso público á aplaudir la obra de Leopoldo Cano. ¡Cuestion de arte mezclado con temperatura!

—Yo no sé—decia un individuo el otro día,—lo que tiene la obra de Cano. Para mí es una estufa... un brasero. Yo voy á verla todas las noches. Llego al teatro helado de frio; y apenas se levanta el telon empiezo á sentir



LA VÍRGEN DE LA SILLA, cuadro por Rafael

que un agradable calor recorre mi cuerpo. El corazón me late con fuerza inusitada. Me entusiasmo, grito, aplaudo con furor; y con las palmadas entra en reacción el frío de las manos; me abraso en amor artístico, me creo en el Ecuador, y empezaría a desnudarme de mis ropas si las conveniencias sociales no lo impidieran.

\* \*

Ello es que la obra de Leopoldo Cano ha tenido un éxito formidable, descomunal, completo.

Yo no puedo ocultar mi alegría... ¿Por qué disfrazar los sentimientos que echan raíces en lo más recóndito del alma? Leopoldo Cano es amigo mío; pero esto no sería bastante para justificar mi entusiasmo. ¡Tiene uno tantos amigos vulgares, de esos que poseen excelentes condiciones morales, pero que no pueden ser presentados sin detrimento de la buena fama literaria ante un público ilustrado y distinguido! La hombría de bien no significa siempre brillante inspiración, estro penetrante y fecundo, miras desenvueltas, franqueza extraordinaria, punto de vista social, acierto artístico... no. Cuando se trata de un hombre bueno en materias literarias se quiere decir:

—Tengo el gusto de presentar a ustedes a don Fulano de tal. Es poeta, autor dramático, con más intención que un toro de Miura; éste os hace reír y os hace llorar a la vez; guarda en su alma la llave de vuestros sentimientos; tiene a discreción suya el sarcasmo y la sátira aguda para flagelar despiadadamente los vicios sociales; hunde en el fondo de las cosas humanas su afilado bisturí, y arranca las entrañas al crimen ofreciéndoselas al público con magistral y soberano atrevimiento; este autor no se anda con tapujos... le dice a la sociedad: «¡tú eres así; enmiéndate!» Y al código le vocifera estas palabras: «¡eres incompleto, frío! es necesario que te reformes en defensa de la pobre mujer seducida...»

Este es Leopoldo Cano. Todas las noches tiene que salir infinidad de veces al proscenio del teatro de la Zarzuela para satisfacer el ansia y el entusiasmo del público.

Es una tarea que halaga el amor propio y que redondea el bolsillo, pero que no se halla inscrita en la lista de personajes de ninguna obra dramática.

Si los autores conocieran de antemano el éxito podrían escribir en la primera página de sus obras:

PERSONAJES

- D. Fulano de Tal...
- D. Mengano...
- La señora de éste...
- La hija de aquél...
- El amigo...
- El criado...
- Etc., etc., etc., etc.
- Y el autor.

NOTA.—Este último personaje saldrá, interrumpiendo la escena, en medio de los actos, cuando al público se le antoje, y saludará galantemente a uno y otro lado, como diciendo:

—Gracias, señores; muchas gracias. Nos entendemos... Estamos de acuerdo. Yo he pasado muchas noches en vela, dando vida a esos tipos que veis ahora moverse en estas tablas... Les he infundido una pasión, un sentimiento, una tendencia; les he dado un alma, como la da Dios al sér que se forma en el claustro materno; les he puesto después en contacto entre sí, y de la diversidad de caracteres y de las peripecias de la vida han surgido estas combinaciones, estas luchas, estos conflictos que vosotros aplaudís ahora... Gracias; muchas gracias... La ovación que me tributáis quedará grabada en el fondo de mi alma... Y ahora, me retiro, para que descanséis un poco durante el entreacto y emprendáis después de nuevo el hilo de mi trama hasta el desenlace, con el cual soñareis durante la noche, y de cuya catástrofe os acordareis mañana en medio de la vulgar y prosaica realidad de la vida.

\* \*

¡Qué dicha para los autores si todos pudieran decir esto!

Pero desgraciadamente, son pocos los escogidos.

Entre estos pocos, lo repito, figura Leopoldo Cano.

La pasión no me ciega.

Yo sé que *La Pasionaria* tiene defectos. A pesar de lo deslumbrante y esplendoroso y magnífico que es el sol, ¿acaso los críticos del astro del día, que son los astrónomos, no descubren multitud de manchas en el luminar celeste?

¡Ah! pero no importa: la naturaleza se anima, se despliega y sonríe bajo sus ardorosos besos: las flores le dedican sus matizados colores y sus perfumes; los insectos zumban y aletean en loor suyo; la atmósfera límpida y azul toma en presencia del sol la brillantez de una turquesa; la alegría recorre los aires; el bienestar invade los corazones; todo son himnos y alabanzas al padre de la luz, al señor del Universo...

Los días encapotados y nebulosos equivalen para los séres de la tierra a representaciones teatrales llenas de aburrimiento y fastidio... Los días serenos y apacibles son funciones de buen éxito.

¡La obra de Leopoldo Cano ha sido, pues, un espectáculo de primavera!

Prescindamos de sus lunares.

¿La aplaude el público con entusiasmo delirante? Sí. ¿Invade la espaciosa sala del teatro de la Zarzuela, durante los

tres actos de la obra, una especie de corriente eléctrica que se apodera de las almas y las coloca unánimes en tensión extraordinaria? No cabe duda. ¿Se ríen los espectadores y lloran a la vez, y aplauden, y producen murmullos de aprobación y asentimiento? Es evidente. Pues entonces, *La Pasionaria* tendrá larga vida. Los tipos que forman la trama de esa obra recorrerán en triunfo todos los teatros de España. Aquel Justo, pérfido, hipócrita, artero, será odiado en todas las provincias. No habrá un solo pueblo de alguna importancia donde el hermoso carácter de Marcial, vaciado en el espíritu de España, emprendedor, audaz, franco, desinteresado, algo *quijotesco* en fin, no encuentre acogida simpática. Las personas sensibles llorarán con las desgracias de la pobre Petra (la Pasionaria): su hija Margarita se hará un predilecto lugar en todos los corazones. Aquel juez tan aficionado a la tauromaquia que al parecer lo que mejor ha estudiado son las leyes de Toro, produciría en todas partes sonoras carcajadas. Y D. Perfecto y D.<sup>a</sup> Lucrecia serán mirados con repulsión donde quiera que se presenten.

Esto vale tanto como decir que el drama de Leopoldo Cano encarnará en la sociedad española. La idea que lo ha inspirado es laudable y oportuna. El corazón y la ley se hallan en constante pugna.

La mujer, ofendida hasta el último extremo, se toma la justicia por su mano. Hunde un puñal en el pecho de su ofensor...

Y el público sanciona este desenlace con ruidosos aplausos.

Hace tiempo que en Francia, después del célebre proceso de María Bière escribió Alejandro Dumas un libro titulado *Las mujeres que matan*. Era un libro de solemne disculpa, de atenuación vigorosa y esforzada.

Pues bien, Leopoldo Cano ha llevado con no menos atrevimiento que el célebre autor francés este pensamiento al teatro.

Su nuevo drama pudiera llamarse:

*La mujer que mata.*

\* \*

Algunos estudiantes han tratado de pedir anticipadamente el tradicional asueto que disfrutaban durante las Pascuas de Navidad.

Los fieles cristianos de todos los países celebran con un día, con dos lo más el recuerdo del natalicio del Señor; pero los estudiantes, en cuyo juvenil corazón deben de grabarse como en blanda cera las efemérides religiosas, necesitan muchos más días que el resto de los mortales para entrar de nuevo en la análisis profana de las ideas.

El estudiante podrá mirar por lo que a la ciencia incumbe, hácia el porvenir, no lo niego; pero afirmo que respecto a almanaques se encuentra a la altura de los que se publicaban en los tiempos de Mari-Castaña. ¡Excelentes libros! Aún los recuerdo con cierto deleitoso estremecimiento. Un juicio del año que terminaba con el sacramental «*Dios sobre todo*», y unas cuantas páginas en que artísticamente alternaban las predicciones atmosféricas, los ayunos y abstinencias, los días de sacar bula, los nombres de los varones virtuosos que han merecido el título de santo... y todo ello ilustrado con multitud de cruces que indicaban otros tantos días de holganza, a la manera que ciertas manecillas pintadas en algunas paredes indican que en la dirección del dedo vive alguien que ofrece al transeunte sus servicios.

El calendario ha sido el libro con el cual se han educado generaciones enteras.

Aún hoy día se ve colgado en las cocinas de las casas de campo y es consultado diariamente por los sencillos labradores que estudian en él, si deben ó no guiar su yunta al trabajo, ó si una próxima lluvia reblandecerá el suelo de sus propiedades.

Mas, por lo general, parece que el diablo, que no cesa de estudiar el medio de hacer mal tercio a los huéspedes del Paraíso, ha metido la pata en los almanaques, haciendo que el santoral, en otro tiempo exclusivo objeto de tan piadoso librito, sea hoy día solamente un pretexto para que escritores más ó menos intencionados descarguen en sus páginas todos los cuentos y chascarrillos amontonados en su mollera durante todo el año, ó para que los dibujantes de chispa luzcan su habilidad trazando sobre el papel graciosas caricaturas.

Antiguamente el calendario parecía decir al cristiano: «Hoy es tal santo; recuerda que ese varón hizo esto y lo otro y lo de más allá: en conmemoración de lo cual, debes alimentarte con yerbas y dejar los trabajos del campo.»

En una palabra, el calendario era la sumisión, la templanza, el recuerdo de sufrimientos y martirios; hoy día el almanaque nos invita a reír, a solazarnos, ofreciéndonos ratos de buen humor y alegres y gozosas expansiones.

No hablo del almanaque de pared. Este es aún más moderno, y tiene un carácter puramente comercial. Cada día se arranca una hoja. Tiene algo del corazón que va perdiendo una tras otra sus ilusiones.

\* \*

Eco de la lotería.

Un loco tenía fama de acertar los números que salían premiados.

Un sujeto fué a verle suplicándole le escribiera los números que habían de salir.

El loco escribió:

2,395  
11,252  
48,679

—Apréndaselos usted de memoria, dijo al que le consultaba.

Y después hizo una bola con el papel, se la metió en la boca, la mascó un rato, la tragó y concluyó diciendo con aire de profecía:

—¡Mañana sin falta saldrán estos números!

PEDRO BOFILL

Madrid 21 diciembre de 1883.

NUESTROS GRABADOS

LA VIRGEN DE LA SILLA, cuadro por Rafael

Si cupiera aplicar a un artista la denominación de *celestial*, Rafael y Murillo se disputarían este calificativo, y el juicio de la crítica quizás permaneciera indeciso perpetuamente.

Cuando nos fijamos en una *Inmaculada* del pintor sevillano, nuestra vista se extasia en la contemplación de aquel tipo místicamente ideal, *inmaculado*, digámoslo así, expresivo de un sentimiento tan distante de la tierra, como distantes se encuentran de ella las vaporosas nubes en que sienta su planta la Reina de los ángeles.

Pero cuando, por dicha, tropezamos con una *Virgen* del pintor de Urbino y leemos en la biografía de este insigne artista que ese tipo de belleza y de candor que en ella admiramos, es retrato de una mujer que ha existido, que amó frenéticamente al pintor y de quien fué amada con igual intensidad, comprendemos la pasión, la idolatría del gran maestro por la Fornarina, por esa criatura humana que así se prestaba a ejecutar lo divino.

Véase, si no, el cuadro cuya copia publicamos, en el cual únicamente cabe que la vista se aparte de la contemplación de la Madre para recrearse en la del Hijo. Aquilata el valor de este cuadro el correcto dibujo de su reproductor y el respeto y seguridad con que ha sido grabado esta vez; doble circunstancia indispensable cuando se trata de saborear, siquiera a mucha distancia de la realidad, las bellezas de una obra del primer pintor de Italia.

RESPETEMOS LOS JUICIOS DE DIOS...

cuadro por W. Amberg

La dama de ese cuadro, que tan amargamente llora, debe haber sufrido una de esas pérdidas para las cuales no hay en la tierra compensación ni consuelo. Huyendo las banales manifestaciones de la amistad oficial, que pretende sepultar la pena bajo una balumba de cumplimientos estériles, se ha trasladado al campo, en busca de aquella soledad que, más generosa, no pretende extinguir el llanto del afligido, única válvula contra el inminente estallido del corazón.

Allí, empero, la amiga verdadera ha ido en su busca, y á solas, bajo las inmensas bóvedas del majestuoso templo de la naturaleza, la habla de Dios y de sus inescrutables designios, de Dios que ha prometido el reino de la luz perpetua á cuantos hayan llorado mucho en este valle, envuelto casi siempre en las tinieblas de la pena.

Tal es el tema desarrollado en esta composición; y aún cuando el autor no ha dado grande importancia á los personajes, el conjunto produce el efecto deseado y explica cumplidamente el tema que se ha propuesto ejecutar.

MUERTE DE RUBENS, cuadro por Brée

El día 30 de mayo de 1640, los buenos ciudadanos de Amberes se estremecían oyendo el fúnebre doblar de una campana que anunciaba la agonía de un hombre. Bien pronto, al toque de agonía sucedió el toque de muerte, y más de una rodilla se doblegó espontáneamente y de muchos labios salió una plegaria, bien sincera, por el alma de Pedro Pablo Rubens, el gran maestro de la escuela flamenca, fallecido á los 63 años de edad, en la plenitud de su gloria.

El pintor Brée ha dotado al Museo de Amberes de un lienzo en que describe, por medio de los sublimes recursos del arte, los últimos momentos del portentoso genio que, gracias á un favor no muy común de la Providencia, fué á un tiempo feliz diplomático y habilísimo cuanto fecundo artista, y en todo y por todo el hombre más afortunado de su tiempo.

El cuadro de Brée satisface por completo el propósito del autor. En el centro el agonizante Rubens que, anciano y moribundo, conserva todavía un resto de su seductora belleza, y siente sobre su frente el postrer rayo de sol, último favor que le ha pedido al cielo. A la derecha de Rubens sus dos hijos y sus discípulos luchan entre el temor y la esperanza de algunos instantes más de vida, al paso que en el lado opuesto, perdida toda ilusión, la joven y bella segunda esposa del gran pintor, Elena Forman, cae desmayada en brazos de Gevaerts, secretario de Estado é íntimo amigo de Rubens. En frente de éste el notario que autoriza su última voluntad, interroga al testador con la mirada, cual si estuviera pendiente de una frase suprema; mientras, á espaldas del maestro, los ministros de la religión encomiendan á Dios al cristiano á quien acaban de administrar los últimos sacramentos.

El asunto está perfectamente interpretado: la ejecución prueba que, entre artistas, no siempre son enemigos los de un mismo oficio.

### LA MITRA DE NAVIDAD, busto modelado por E. Clarasó

Ese muchacho pertenece a la galería de los tipos que se van. Cuantos peinan canas, y algunos que ni aun canas peinamos, recuerdan con fruición esa mitra de papel de estraza, grosero envase de unos barquillos suspirados por la tierna infancia durante trescientos sesenta y cuatro días al año. ¡Ay, lectores míos!... Por aquel entonces los hombres, y sobre todo los niños, se contentaban con muy poca cosa: la idea del pavo de Pascuas llenaba por completo la imaginación y la mesa, y cuando al final del clásico banquete, compuesto invariablemente de macarrones, puchero y la indispensable ave indiana, con intermedio de ensalada de apio, aparecían las dos únicas variantes conocidas de turrón, fino y de Alicante, y pasaban del fogón a los manteles los frágiles barquillos; la turba menuda profería un grito de entusiasmo, que degeneraba en sabrosa risa al posarse en la cabeza de uno de los vástagos el enorme cucurucho que había contenido las delgadas golosinas propias de la festividad celebrada.

Clarasó ha tratado con acierto al improvisado obispo de sobremesa, cuya ingenua sonrisa nos da a entender el éxito obtenido por esa inocente broma de Navidad.

### LA CORONACION DE MARÍA, cuadro por Moretto de Brescia

El autor de este cuadro puede ser calificado de maestro en la buena escuela italiana. Si en su conjunto es de admirar la elegancia de la composición, en algunas particularidades de su dibujo, y muy especialmente en las figuras correspondientes al lado de la Virgen, son de ver rasgos que no desdenaría el mismo Rafael. El asunto ha inspirado, antes y después, varios cuadros; si bien en el que hoy publicamos los santos que entran en la composición, son, como en cada caso, los de devoción especial en el pueblo de Celso, para cuya iglesia de San Nazario fué pintado este lienzo, San Francisco de Asís, San José, el arcángel San Miguel y San Nicolás.

En cuanto al autor, conocido por Moretto de Brescia, hay que hacer constar que ni se llamaba Moretto, ni Brescia era el lugar de su nacimiento. Llamábase Alejandro Buonvicino y nació, en Rovatto, pueblo no muy distante de Brescia. Pintor esencialmente místico, pertenece a la correcta escuela que hizo imperecedera el genio inmortal del autor de *la Perla*.

### ALEGORIA DE LA NATIVIDAD DE N. S. JESU- CRISTO, cuadro por el Correggio

Este célebre lienzo del insigne artista italiano Antonio Allegri, vulgarmente conocido por el Correggio, es otra de las brillantes páginas de la historia de la pintura italiana durante los siglos XVI y XVII. En él ha figurado el autor a María, teniendo en brazos a su divino Hijo a quien contempla amorosamente, y el cual examina a su vez el libro de su futura historia cuyas hojas sostenidas por el evangelista San Marcos, le va enseñando un ángel. A la izquierda del niño Jesús está María Magdalena, una de las figuras culminantes de dicha historia, en actitud de besarle los pies, como se los besó arrepentida cuando hombre, y el Redentor parece perdonarla de antemano, posando cariñosamente su mano sobre la cabeza de la pecadora.

Es inútil que encarezcamos las bellezas de este cuadro en cuanto a su ejecución: basta contemplar la lámina, soberbiamente grabada por Mauro Gandolfi, para que hasta la persona menos competente admire la obra del Correggio.

### LAS NARICES DE SU ALTEZA

(Conclusion)

#### VI

Cardona se resolvió, pues, a hacer que la princesa admitiera el novio elegido por él, y se preocupó poco de las consecuencias de su resolución. Él era hombre que confiaba, y podía confiar, en los recursos de su ingenio.

De todos los demás pretendientes a la mano de Rosalinda llegaron a la Corte de Bábía retratos que, en opinión de los originales, habían de abrasar con fuego de amores el sensible corazón de la ilustre doncella. Aunque entonces la pintura distaba bastante de ser lo que es hoy y no había por las Cortes de aquellos tiempos pintores de Cámara capaces, como un Federico Madrazo, de divinizar una hermosura, disimular una fealdad y humanizar un mico, todos los pretendientes procuraron y consiguieron dar buena idea de sí aumentando el pequeño su estatura, disimulando el gordo su obesidad, apareciendo airoso el flaco, dulce y tierno el de afeminada fisonomía, varonil el selvático y duro de facciones, y todos en general con un semblante respirando salud y buen humor.

Como Cardona quería sacar triunfante la candidatura del príncipe Pino de Oro, apenas iba recibiendo retratos se encerraba con un artista de toda su confianza y a quien pagaba espléndidamente su trabajo y ponía a aquellos pobres señores... probablemente tan feos como en su mayor parte serían mirados cara a cara.

La princesa iba viendo y desechando retratos y

ya solo le quedaba por ver el del heredero del trono de Trapobana; pero había ella encontrado tan horribles todos los demás, y Cardona, en cuyo talento y cariño tenía plena seguridad, le contaba tales cosas de las prendas morales de Pino de oro, que, aunque su retrato no acababa de llegar nunca, ella se resolvió a casarse con él, diciendo a sus padres:

—Cardona me asegura que ese es el novio que me conviene más. Según él, es de una figura muy simpática y agraciada y supera a todos en las prendas del ánimo. Díganle Vds. que venga cuando quiera y encarguen hoy mismo mi *trousseau* a París.

#### VII

Cardona se apresuró a complacer a la princesita, y en Trapobana fué tal la impresión que produjo la noticia de ser Pino de oro el preferido, que el rey Perico, padre del novio, se murió de gusto, quedando aquel por dueño de sus estados y convertida la princesita en futura reina de una de las mejores islas del mundo. Rosalinda había tenido presentes para su elección las virtudes y perfecciones morales de Pino de oro, y así premia el cielo,—cuando se digna premiarlas,—la sensatez de las vírgenes y la abnegación de las altezas reales.

Pasados los meses de luto, verificadas en Trapobana la jura y coronación del nuevo rey con menos aparato y con menos temores que los que ahora ha habido en la del nuevo Czar de todas las Rusias, Pino de oro, acompañado de brillante séquito, se dirigió a la capital de Bábía para casarse con la princesa Rosalinda.

Las costumbres y las ordenanzas cancellerescas parecían aconsejar y autorizar la ida de la mujer al país del esposo con quien había de vivir y donde habían de residir ambos; pero el Rey que rabió era un soberano de gran importancia política, el príncipe Pino de Oro se pasaba de galante y atento y, además, la corte de Trapobana no estaba para fiestas y regocijos públicos después de la muerte del rey Perico, no siendo cosa de que la princesa Rosalinda hiciera una boda de *requiem*, por decirlo así, bajo el frívolo pretexto de la muerte de un suegro.

#### VIII

Nuestros lectores están persuadidos de que Cardona era hombre de mucho mérito y no extrañarán que fuese grande el número de sus enemigos. Grande era, en efecto, y si algún disgusto dejó de dársele en aquella ocasión fué porque no hubo medio humano de que él lo tomara.

De la cámara de la princesa trascendió a todo el palacio real la curiosa historia de los retratos enviados a Bábía por los amartelados pretendientes de Rosalinda, y la circunstancia de haber sido elegido Pino de oro sin que la princesa tuviese la menor idea de su figura produjo verdadero escándalo. La prensa de todas clases tomó por su cuenta el asunto y unos periódicos atacando sin consideración al Ministro, otros defendiéndole con torpeza verdaderamente ministerial, no le dejaron hueso sano y llevaban camino de arrebatarle mucha de la popularidad que tenía en el reino. Llegó a hablarse hasta de la publicación de un folleto explicando en qué cantidad había comprado a Cardona el difunto rey Perico, y el hábil consejero, aunque podía despreciar cierto género de ataques, comprendió al fin que su posición era un poco falsa y que convenía hacer algo.

Pronto adoptó su determinación sirviéndole para comenzar a realizarla una interpelación de que fué objeto sobre el asunto del retrato en la cámara de los Nones,—que se llamaba así porque en ningún caso podía ser par el número de sus miembros, merced sin duda a una preocupación parecida a la que obliga a tomar nueve, once ó trece y nunca diez, doce ó catorce baños en los establecimientos de aguas minerales de España.

Cardona se levantó tranquilamente a contestar al interpelante y con la sonrisa en los labios, con una calma que llegó a desconcertar a sus enemigos, aseguró que el Príncipe Pino de Oro, a pesar de ser hombre de arrogante y gallarda figura, no había querido, por considerarlo impropio y poco airoso, enviar su retrato hasta que el examen de otras prendas suyas decidiese ó imposibilitase su elección; pero que, una vez elegido, no había tenido el menor inconveniente en enviar su *vera efigie* y que esta sería expuesta al público en la Puerta de la Luna (el sitio más céntrico de Bábía) de un momento a otro.

Con esta declaración forzoso fué que cesaran las hablillas, y la curiosidad por saber cómo era el príncipe Pino de Oro embargó enteramente el ánimo de la multitud.

Decíase aquella noche por los cafés, y la prensa

oficiosa lo confirmaba plenamente, que Cardona había hecho copiar en tamaño monumental la miniatura venida de Trapobana y que el gigantesco lienzo, de diez varas de largo por cinco de ancho, estaría colgado desde el amanecer hasta el anoecer del otro día en la fachada del Principal. (Así llamaban en Bábía al Ministerio de la Gobernación.)

Hubo quien tomó posición en aquel sitio público desde las doce de la noche, y no faltó una señora que, empujada por la gente que iba llegando y queriendo a toda costa ser de las primeras en ver la pintura, se pasó ocho horas metida en agua hasta muy cerca de la cintura en el pilón de una fuente que había en el centro de la Puerta de la Luna.

#### IX

Cardona se había ido desde la Cámara de los Nones al estudio del pintor encargado del retrato monumental del príncipe.

—¿Está contento V. E. de mi trabajo? preguntaba el artista al ministro espiando en la severa fisonomía de éste un gesto de aprobación.

Cardona con los lentes calados examinaba a conveniente distancia la pintura y replicaba al pintor:

—No señor, no estoy satisfecho: esas narices son todavía pequeñas.

—¿Pequeñas?—exclamaba desolado el retratista. —Repare V. E. que las he aumentado en una tercera parte.

—Pues aún es poco. Es preciso que la nariz del Príncipe Pino de Oro sea en ese retrato tan grande como todo el resto de su cuerpo.

Oyendo hablar así a Cardona, creyó el pintor que aquel hombre había perdido la cabeza; pero concedor de su genio y temeroso de perder él la suya si se propasaba a contradecirle, subióse en su escalera, tomó tiento, paleta y pinceles y la nariz de Pino de Oro eclipsó a aquella que nuestro famoso Quevedo comparaba a *un elefante panza-arriba*.

Cuando Bábía entera, congregada en la Puerta de la Luna, vió aquel mascarón, las carcajadas las cuchufletas, los gritos de indignación verdadera ó fingida llegaron hasta el Real Palacio y se abrieron paso hasta las mismas habitaciones de la princesa.

—¡Os quieren casar con un monstruo, señora!—gritaba una dama de honor y mérito, que había tenido el honor de pasarse la noche al sereno y el mérito de haberse colocado en primera fila para ver el retrato.—Con las narices de vuestro prometido se puede remediar un regimiento de chatos y quedarse él con las necesarias.

—¡Aquello no es nariz, señora!—vociferaba un gentil-hombre encantado de ser chato por primera vez en su vida.—Aquello es monumento público

—Cardona abusa del cariño que vuestra Alteza le profesa,—observaba el oficialito de guardia retorciéndose el bigote y pensando sin duda en lo feliz que sería la princesa casándose con él.

Rosalinda se creyó víctima del más atroz de los engaños y rompió a llorar desconsoladamente; Maricastaña recordó la primera época de su matrimonio, se abrazó a su hija y lloró también, aunque sin acusar a Cardona, a quien debía mucho, según aseguraba entre suspiros y sollozos; y el Rey que rabió, a juzgar por lo que bufaba y pateaba, parecía que iba a rabiarse de nuevo, no faltando quien sospechase que en esta ocasión llegaría a morder.

Pero no se crea que el rey acusaba a Cardona: su rabia era contra los que se permitían acusarle en presencia suya y olvidar lo mucho que él y su esposa le debían.

Todo se volvía en la régia cámara discusión y batahola imponderables, a que puso término la princesita disponiendo con voz entera que enganchasen su coche y declarando que en aquel mismo instante iba a ver el retrato oculto para ella y conocido ya de toda la población.

Cardona apareció entonces y, con asombro general de todos los presentes, ofreció el brazo a Su Alteza y se brindó a servirla de escudero.

Ver la princesa el retrato, lanzar un grito de sorpresa y de indignación y asegurar que ella no se casaba con aquellas narices, todo fué uno.

Un suceso casual y realmente imprevisto vino a aumentar la confusión y a complicar las cosas: el príncipe Pino de oro, espoleado por el afán de ver pronto a su bella prometida, había hecho el viaje a marchas forzadas y, según aviso de un correo, entraba ya por las puertas de la población.

Describir el efecto que aquella noticia produjo sería empresa punto menos que imposible. La curiosidad y la expectación se hicieron aun más grandes; todo el mundo tenía fijas sus miradas en el rostro de Cardona y al ver que en él se dibujaba una son-



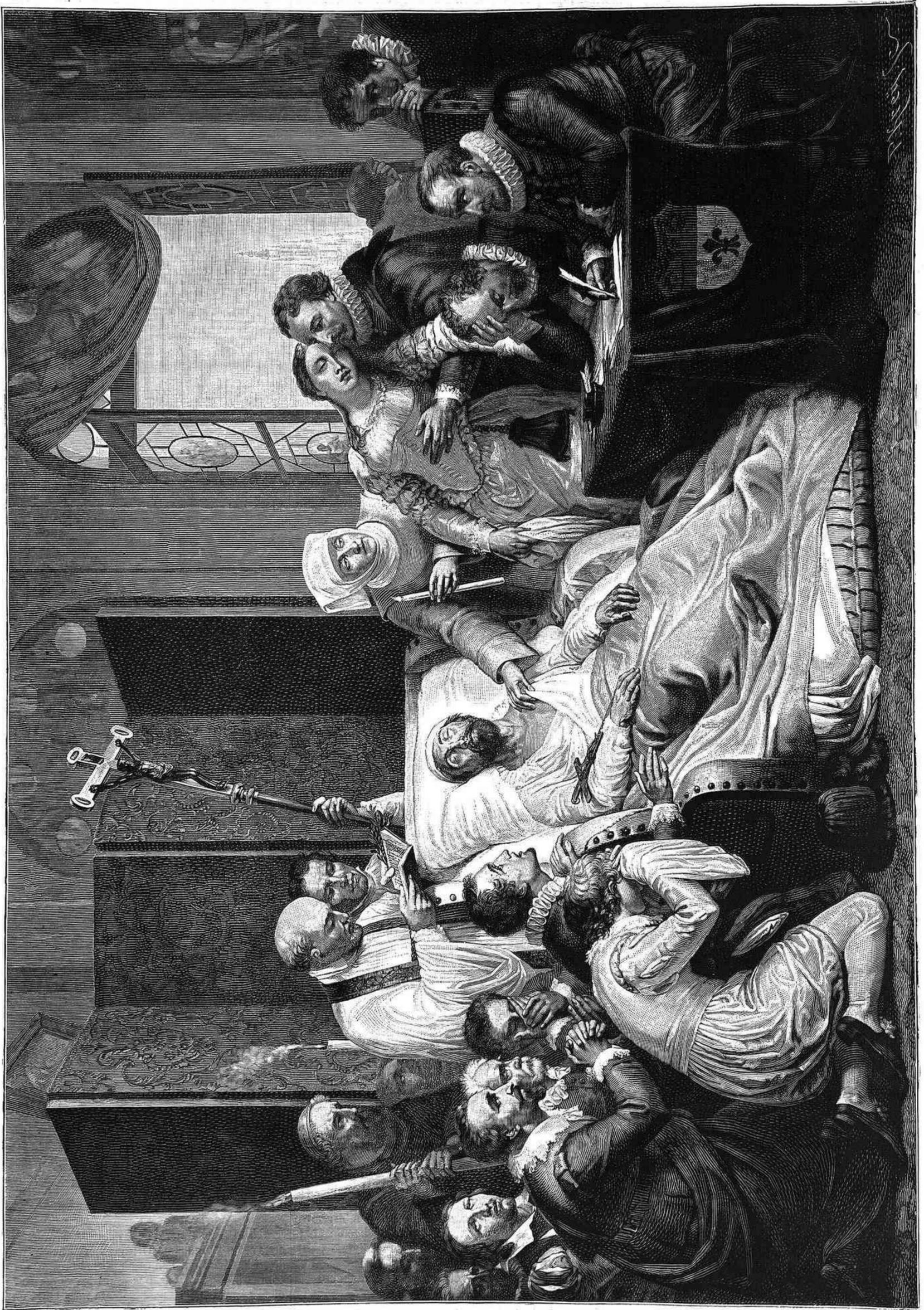
RESPETEMOS LOS JUICIOS DE DIOS....., cuadro por W. Amberg





ALEGORÍA DE LA NATIVIDAD DE N. S. JESUCRISTO, CUADRO POR EL CORREGGIO





MUERTE DE RUBENS, cuadro por Brée

risa de satisfacción, todo el mundo creyó que el ministro se había vuelto loco.

X

Bábia entera corrió al encuentro de aquel á quien ya llamaban todos allí *el príncipe narigudo*. Viéronle al fin el pueblo y la princesa, y princesa y pueblo á la par lanzaron un grito de asombro y quedaron con un palmo de boca abierta.

Las narices del príncipe eran grandes, sin duda; pero, comparadas con las del retrato ofrecido por Cardona á la consideracion pública, no ofrecian nada de particular: parecian hasta narices.

—¡Aunque son grandes, no son para tanto!—decia todo el mundo.

—¡No son para tanto! repetia la princesa respirando libremente, mirando con terror las narices del lienzo y con alegría las del original.

Uno de los enemigos más encarnizados del ministro llegó á decir á la princesa:

—Señora; esto ha sido una intriga para casaros con un chato.

La princesa encontró suficientes las narices de su futuro esposo, se casó gustosísima con él, fué una de las mujeres más felices del mundo y fué siempre esposa fidelísima porque, siguiendo el consejo de Cardona, no comparó nunca las narices de Pino de oro con otras que con las del retrato.

Y sin sacar deducciones filosóficas de un hecho histórico que convida á grandes pensamientos, permitanme los lectores que termine esta verdadera relacion con la consagrada frase de

«Colorin, colorado,  
mi cuento ya está acabado.»

CÁRLOS COELLO

## FANTASÍA

EL ÚLTIMO DIA DEL AÑO

Hace doce meses próximamente que tracé sobre una cuartilla la siguiente fecha:

1883

Aquella cuartilla y sus once compañeras estaban en blanco.

En vano quise llenarlas con mis pobres pensamientos; en vano se ofrecieron á los lectores de *La Ilustracion Artistica* en ordenada columna; faltábales la misteriosa gota que hace derramar el vaso, que levanta el nivel del mar, como afirma un poeta amigo mio; faltábales otra fecha que no podia escribirse aún:

¡1884!

Entre estas dos fechas, hay un período entero hácia el cual he de volver los ojos. Puede representarse por otras doce cuartillas llenas de garrapatos, tachones y patas de mosca.

Los doce meses del año.

Y, en efecto, ¿qué es un año? Un libro de memorias en el que vamos sentando, día por día y á pesar nuestro, cierto número de ideas, hechos, arrepentimientos y resoluciones.

De la misma manera que el que escribe mancha la hoja cada vez que logra sentar en ella la pluma; el que piensa, gasta una serie de instantes ó de minutos que están perdidos para siempre.

La palabra que ahora trazo, ocupa una parte de la línea é inutiliza un poco de papel; el pensamiento que desenvuelvo mata y absorbe un espacio de tiempo.

Sólo tachando ó borrando, es decir, buscando lugar á la palabra, puede volverse sobre lo escrito; sólo obrando y viviendo, es decir, anulando con nuevos actos los actos realizados anteriormente, puede volverse sobre lo vivido.

Lo escrito, escrito está en el tiempo, aunque se borre ó se olvide; lo hecho, se perpetúa á veces con la destruccion: el nudo de Gordio no pudo deshacerse ni aún con la cuchilla de Alejandro.

Sobre doce cuartillas decoradas á guisa de membrete con los extravagantes signos del zodiaco, va el pobre mortal dejando sus impresiones y señalando las efemérides de su existencia.

Unos las escriben con pluma de cisne, otros con pluma de ganso, varios con pluma de acero. Hay quien usa ir-distintamente tinta azul, tinta negra y tinta roja.

Suelen escribirse con lágrimas.

Al cerrar el inútil cuaderno que va á colocarse en los armarios del pasado; biblioteca en la cual no hay volumen que se mezcle ni se extravíe, á pesar de las fulleras del cronista y del erudito, todos sienten un estremecimiento incomprensible y extraño.

Parece que nos arrancan las hojas del corazon y que se encuadernan con nuestra piel: las agujas y las cuchillas de las encuadernadoras, suelen penetrar hasta el tuétano.

Yo he hojeado muchas veces mi librejo ántes de darlo al olvido; su vista me ha hecho gozar y sufrir al propio

tiempo; sin embargo, hay que confesar que los goces apénas ocupan el lugar de las letras iniciales. ¡En cambio, qué largos períodos de dolor; qué interminables páginas de sufrimientos!

Y ¿creen ustedes que es mi cuaderno solo el que terminaba de tan ruin manera? No tal, los de los demás mortales, que pude ver cerca del mio, á orillas del Leteo, comenzaban y terminaban del mismo modo.

Hé aquí el de un poeta:

—«He visto caer las hojas, en ese triste período de la efoliacion en que los árboles se quedan á la vergüenza y pugnan en vano por cubrir su esqueleto con las retorcidas ramas; he visto romperse las olas coronadas de espuma como tropel de ilusiones, que se deshacen al contacto de la realidad mundana; he visto desaparecer las estrellas una á una como almas en pena que dejan el azul visible por el azul soñado; he visto la flor marchita y la hoja se cae ¿cómo no he podido ver el cielo risueño, alegre el sol y la tierra cubierta de flores?»

El de un enamorado:

—«Un día solo se ha vestido por mí de gala la naturaleza; un solo día del año: el día en que la ví por vez primera.

»Sentí lo que sintió Dante al saludar á la *bella creatura de bianco vestita*; lo que sintió Becquer cuando *llegó al fondo de su alma el sol* y vió que *se sonreian los cielos y la tierra*.

»Ese día ha perfumado los trescientos sesenta y cinco restantes: ha sido para mí, grano de almizcle, astilla de sándalo y lágrima de esencia de rosa.»

El de una dama del demi-monde:

«Durante todo el año, he sufrido, inútilmente la opresion del corsé, la pesantez del peinado, y el tormento de mis botitas francesas: otros senos, otras cabezas y otras plantas han brillado al par en los salones provocando mi envidia y mis celos.

»Tan sólo una noche pude vencer á mis rivales: cubrí mi seno de joyas y mis hombros de encajes, y pude presentarme más hermosa y más desnuda que ellas.

»Llevaba encima todo el precio de mi honra.»

Estos cuadernos y otros muchos se desarrollan durante la vida del individuo formando un todo mal compaginado: Átropos, una de las tres viejas parcas que cuidan de la maraña de nuestra existencia, según los mitólogos, cortando el hilo de un tijeretazo, pone el *finis coronat* á la obra, y la entrega al anciano bibliotecario.

El último día del año y el último día del hombre tienen siempre un lado comun que sólo puede explicarse por el prestigio que ejerce en nosotros lo que va á dejar de ser ó lo que ha sido. En ambas ocasiones se acercan al mortal las Horas y las Hadas llevando en sus manos la lámpara de los recuerdos y el libro de las memorias.

Oigo en este momento sus voces que se confunden con los tañidos de la campana y con el ruido del péndulo; hé aquí lo que dicen al mortal en su misterioso lenguaje:

Hada 1.<sup>a</sup>—Soy la Primavera: ¿te acuerdas? Soplaban las primeras brisas y abrian las primeras flores; el cielo estaba azul y la tarde hermosa. ¿Qué sentiste al ver á aquella elegante niña cuyo bonito tonelete azul y blanco la hacia asemejarse á una mariposa grande, con penachos de oro? ¿Por qué la seguiste sonriendo, y la ofreciste la mano para saltar la barda de la huerta?

¡Desdichado! Recuerdas su menudo pié, y comprendes á Tibulo haciendo elegías al de su amada.

¡A tus años, preocuparse por dos almendras!

Hada 2.<sup>a</sup>—Soy el Estío: ¿me tienes en memoria? La tendida era estaba llena de miés dorada. El labriego, sentado sobre el trillo, era la viva imágen del travieso Faetonte; tú veias saltar el grano de oro bajo los cascos de los corceles, y sonreias al hallar en tal punto la cosecha.

¿Qué sentiste al multiplicar imaginariamente aquellos granos que iban á llenar tus arcas?

Hada 3.<sup>a</sup>—Soy el Otoño: ¿me has olvidado? El cielo estaba plomizo, tu esposa sonreía melancólicamente; sus labios húmedos como el lirio besado por la niebla, te decian algo incomprensible como un enigma de amor. Desde el balcon en que os encontrabais se divisaban el mar y el cielo lleno de constelaciones.

¿Qué pasó por tí, cuando contemplando el cuadrado del Pegaso y el seno de Andrómeda, la hermosa constelacion de las tres estrellas, te pidió que le alcanzaras la más grande?

Hada 4.<sup>a</sup>—Soy el Invierno: ¿me sientes? Cae la nieve; el viento de la noche hace temblar los cristales de la marquesina y azota los árboles del jardin cercano. El pobre mendigo que pasa cerca de tu morada se guarece, si se lo permite el rabioso can, en el estiércol del establo. Tú celebras la clásica fiesta de diciembre, cabe la chimenea encendida; rodeado de tus amigos ó de tus deudos; cerca de la amante ó de la esposa. ¿Qué dices del ténpano y de la escarcha? ¿qué del chispeante noche-bueno y del pobre que tiritá á tu puerta?

Yo diría que la injusticia cruza por la tierra embozada en una racha de viento.

Pero digan lo que quieran las Hadas y las Horas, preciso es no hacerlas caso, cuando hablan á soñadores y poetas.

Un año para el hombre que ni sueña ni poetiza es un poco de tiempo en el que pueden realizarse muchas cosas de provecho.

Para un comerciante, se traduce en trescientos sesenta y cinco negocios, por lo ménos; para un político, en cuarenta y ocho cambios de gabinete; para un bolsista en una serie determinada de negociaciones cabalísticas.

Un hombre de mundo ve en él un período de entretenimientos, un filósofo un espacio de tiempo como otro cualquiera, un desheredado una larga suma de privaciones y trabajos.

Unos cuentan los días del año por los negocios que hicieron, otros por las horas de poder que lograron, estos por los aplausos, aquellos por las monedas; todos por los sufrimientos.

Para estos y para aquellos el pesar del año que huye es puramente relativo y transitorio. Y, en efecto, un año que huye no es más que el heraldo del año que llega.

Ola tras ola va rompiéndose el mar en las playas; año tras año va rompiéndose en el tiempo nuestra existencia.

Alguien ha dicho que en la cara está la edad. Esa es una verdad como un templo. ¿Qué importancia tendria para nosotros el tránsito de los años si no dejaran sobre nuestro rostro cabellos blancos y señales negras?

Una de las cosas más difíciles es determinar la edad de las mujeres.

Desde Lupercio Argensola hasta nuestros días, no ha habido fisiólogo que lea en el rostro de una mujer que no quiere pasar de los treinta y cinco la verdadera edad que cuenta. Para determinarlo con claridad seria preciso arrancarles el corazon ó la careta.

He preguntado á una entretenida el por qué le entristecia el fin del año y me ha contestado, que porque un año más siempre supone un amante ménos; á una viudita reciente le hacia llorar el año nuevo porque veia desaparecer poco á poco el dolor que la acompañaba y se iba sintiendo cada vez más viuda y más sola.

Sé por experiencia propia que hay algo más triste que la última campanada del año que huye.

El sonido del último duro que sacamos de la faltriquera.

Con el último día del año suelen irse las alegrías y los placeres.

Con el último duro se van siempre los admiradores y los amigos.

Dicen los ingleses que el tiempo es oro. Si esto es cierto el metálico de la humanidad se ha reducido en este momento á trescientos sesenta y cinco unidades.

Hé aquí la razon de la crisis monetaria por que atraviesa España. Los años que gastamos inútilmente.

BENITO MAS Y PRAT

## EL POSTRE DE NOCHE-BUENA

I

Terminada la cena de Noche-Buena, con que nos obsequió el cónsul de Austria en Valencia, y ántes de tomar el café, la señora de la casa dijo:

—¿Me permiten Vds. que abra el balcon? hace aquí mucho calor.

—Aquí y en todas partes, señora,—observó uno de los comensales,—en nuestro país seria inconcebible esta temperatura en una noche de Navidad.

La bella y amable anfitriona abrió el cierre de cristales y todos salimos al gran balcon corrido del consulado, que da á la calle de las Barcas.

La noche, en efecto, estaba magnífica, y aún calurosa, especialmente para la mayoría de los invitados, acostumbrados á climas frios.

—¡Qué noche tan hermosa!—exclamé yo.

—Digna del gran misterio que hoy se conmemora,—dijo la señora del cónsul, que era sinceramente piadosa.—Hoy parece que hay más estrellas en este cielo en el que siempre brillan tantas.

Súbito oímos un preludio, y dirigiendo á la calle nuestras miradas, vimos á un niño que apoyado en un árbol pulsaba las cuerdas de un arpa pequeña.

Tendria de doce á catorce años y estaba pobrememente vestido. Sus cabellos, que asomaban por debajo de una gorra de forma extraña, tenian ese color rubio mate peculiar á las razas del Norte: el reflejo de la nieve acaso habia impreso en su semblante el color de deslumbrante blancura del tipo germánico, oscurecido en las mejillas por la accion del aire y del sol meridionales. Sus ojos eran azules, y su boca estaba modelada con una gracia verdaderamente infantil.

Al vernos, se quitó la gorra, que dejó en el suelo, hizo un breve preludio en el arpa, y con voz clara y penetrante que no carecia de expresion, acompañándose con una melodía que me recordó los melancólicos motivos gallicos, cantó la siguiente

BALADA

«Niño, muy niño, dejé las verdes montañas de Glaris, atravesé los prados de Uri que hormiguean en florecillas, seguí la ribera del Rhin, donde se abrevan los corzos y canta el regaliolo; y buscando los climas en donde el cielo es más azul y el sol calienta más, entré en Italia, la patria de los santos, de los poetas y de los héroes, con mi arpa querida.

»He visto Génova, la de los palacios de mármol, Milan, la de alegres plazas, Florencia, rica en jardines; he cantado en las orillas del Arno viendo tejer la paja primorosamente y aspirando el olor del heno segado, mientras hacia resonar mi arpa querida.

»En Nápoles he acompañado en sus bailes á las gallardas pescadoras de la Margelina; en Bayas he visto la tumba de un poeta rodeada de tulipanes, y en Roma, en la plaza más hermosa del mundo, he recibido la bendicion del

pontífice que bendecía á la ciudad y al universo, de rodillas yo al lado de mi arpa querida.

»He visto inclinarse los sauces, trepar las zarzas, entrelazarse los sarmientos; he oido gorjear á los pájaros y contestarles zumbando los insectos; he sorprendido á las nevatillas durmiendo debajo de las hojas; y de la voz chillona del mirlo y de las dulces modulaciones del ruiseñor, he aprendido sonos para tocar en mi arpa querida.

»He viajado como las golondrinas, he saltado en los bosques como los cervatillos, me ha humedecido el rocío como á las gervas de la montaña; miéntras la brisa matinal jugueteaba entre las cuerdas de mi arpa querida.

»He sido feliz con tanta luz, con tanto aire y con tanto verdor. La primavera se vestía para mí de galas, los caminos se cubrían de fina arena, y yo andaba por ellos sin temor ni cansancio, porque ¡me es tan dulce el peso de mi arpa querida!

»A veces llegaba á la puerta de una cabaña, cantaba y tañía, y me oían con placer y luégo me daban pan blanco y queso más blanco todavía, y yo continuaba mi camino siempre con mi arpa querida.

»Otras veces llegaba al umbral de un palacio muy hermoso, y al través de la verja veía los pavos reales desplegar el abanico de su cola, y no bien comenzaba á cantar, acudían niños muy bellos, y señoras muy buenas y muy compasivas, que con sus blancas manos me daban monedas de mucho valor, y yo seguía muy contento mi camino, con mi arpa querida.

»Así cantando he cruzado el hermoso país de Francia, lleno de rios; y luégo las comarcas andaluzas que me recordaban las verdes y ásperas montañas de Glaris, y en donde las mujeres tienen fuego en los ojos y música en los labios; y habiéndome dicho que aquí hormigean las flores como en los prados de Uri, quise que también Valencia oyera los sonos de mi arpa querida.

»Ya veía al léjos las torres de la ciudad. Caía la lluvia. Yo estaba cansado y me senté en el pretil de un puente. Miré al rio que venía lleno de agua, arrastrando légamo, hojas secas y troncos de árboles; sentí un vértigo, hice un movimiento para echarme hácia atrás y ¡ay de mí! dejé caer á la corriente mi arpa querida.

»La ví caer y detenerse junto á un sillar, y entónces, loco de dolor y desesperacion, me entré en el rio, luché con las aguas y asiéndome á los zarzales que nacen en los intersticios de las piedras del puente, pude alcanzar con mi mano, y volver á la ribera con mi arpa querida.

»Mas ¡ay! desde entónces me abandonaron la fuerza y la salud. Las buenas gentes me encontraron tendido en el suelo y casi moribundo. He estado tres meses en la casa en donde, á nombre de Dios, se cura á los enfermos, teniendo por único consuelo al lado de mi cama á mi arpa querida.

»He recobrado la salud, pero mis esperanzas se han desvanecido. Caminando durante los apacibles dias del otoño, contaba con volver á las azules montañas de Glaris, y en la noche de Navidad, sentado en el hogar entre mi abuelita y mis hermanas, contarlas las hermosas cosas que he visto, y preludiar el serventesio de Noche-Buena, en mi arpa querida.

»Pero el invierno y los dias de poco sol, me han sorprendido en la tierra.



LA MITRA DE NAVIDAD, busto modelado por E. Clarasó

»Esta noche mi abuelita y mis hermanas llorarán por mí, porque desde aquí no pueden oír los sonos de mi arpa querida.»

II

Los que comprendieron esta balada, cantada en alemán, estaban conmovidos.

La señora del cónsul mandó al niño subir y éste se presentó en la sala á tiempo que los criados servían el café.

La bondadosa anfitriona tomó la bandeja en que habían traído las tazas, y nos la fué presentando uno por uno, diciendo:

—¡Señores, para que este niño pueda volver á ver las montañas de Glaris y los campos de Uri que hormigean en florecillas!

La bandeja se llenó de monedas de oro y plata. —¡Gracias, señores!—dijo la amable postulante.— Ustedes han costado el Postre de Noche-Buena.

Dos dias despues fuí á felicitar las Pascuas á Madame Everard, la cual, como me habia prometido, me dió la balada del niño traducida al castellano.

—¿Y el niño?—la pregunté.

—¡Oh! el niño ya está caminando. No ha podido pasar la Noche-Buena en su hogar; pero comerá en él las tortas de Pascua Florida, haciendo dormir á su abuelita con los sonos de su arpa querida.

F. MORENO GODINO

EL LENGUAJE

COMO CÓPULA MENTAL

La expresion exterior de todo lo que nos afecta y conmueve parece ser la idea más general que se puede formar del lenguaje, tomado en su sentido amplio; y la reaccion, con que se manifiesta toda modificacion sensible, el concepto más rudimentario del signo. — De este modo se expresan los animales y tambien el hombre, cuando usa el lenguaje emocional, apareciendo mecánica y fatalmente unidos el signo y lo significado. Cómo se queja aquél á quien duele algo, rehace sobre su impresion y la traduce al exterior el que se encuentra modificado ó afectado. Observacion es ésta que da ocasion para inducir, algo precipitadamente, que el lenguaje es funcion exclusivamente mecánica.

Pero si á aquella primera observacion añadimos la no ménos importante de que el hombre aísla interiormente los signos, que toma del exterior, y los combina con lo significable segun relaciones de diferencia y semejanza, usándolos y aplicándolos con una amplitud y flexibilidad de que ofrece muestras palpables el hipócrita, tendremos que corregir aquella ligera induccion, reconociendo que no existen fatalmente unidos el signo y lo significado, en el lenguaje humano. A diferencia del animal, que no usa nunca utensilios, ni aparatos tomados de la naturaleza (un palo, un compás) porque no puede aislarlos; el hombre se apropia y aísla los materiales tomados de las formas sensibles (sonidos, figuras, dibujos, posiciones de su cuerpo), suspende la solidaridad con lo mecánico y revela su iniciativa propia en la informacion del signo, adaptándolo á la naturaleza de lo significado.

Obra pues el hombre espontáneamente en la produccion del lenguaje y toma todo su cuerpo y mediante él todo lo sensible como elementos, de que dispone y se sirve para expresar sus estados interiores. Así el cuerpo es el signo total de nuestra vida interior y muy especialmente aquella parte, en que es más delicada y compleja su constitucion, la fisonomía, segun lo declara el aforismo vulgar «que la cara es el espejo del alma.»

En esta consideracion fundó sus trabajos sobre *Fisiognómica* el célebre Lavater, queriendo inducir atrevidamente del aspecto exterior de la fisonomía á las condiciones morales de un sujeto (aspecto de santo, fisonomía de honradez, cara de malvado etc.); pero, aunque es cierta aquella consideracion general, no sirve, sin embargo, *grosso modo* para precisar nuestra naturaleza interior, ya que la fisonomía no puede referirse sólo al aspecto exterior del rostro, ni la configuracion mecánica del organismo, debida en gran parte á la ley de la adaptacion, es suficiente para llevar al conocimiento de las funciones anímicas, cuya base hay que referir á regiones totales del cuerpo y en ellas más á su conexión dinámica con todo el organismo que á su estructura exterior ó posicion mecánica. Por exactos que aspiren á ser los principios en que se apoye la Fisiognómica, es menester no olvidar que el hombre puede rehacer sobre sí y dominar la expresion exterior para que no revele su condicion interna, sin lo cual seria inexplicable cómo van el héroe y el mártir gozosos á ofrecer su vida en holocausto de una idea y cómo el que imagina una trama traidora, el hipócrita, el que semeja el llanto que la tradicion atribuye al cocodrilo, marcha á su

fin, ocultando, más cuidadosamente que el avaro sus tesoros, lo infame de sus intenciones con la falaz apariencia de su rostro.

Es por consiguiente innegable que la espontaneidad individual establece conexiones del signo con lo significado, contribuyendo así a la formación del lenguaje é interrumpiendo el lazo inflexible en el animal entre las acciones y reacciones mecánicas de lo exterior. De esta iniciativa espontánea son luego consecuencias el timbre de la voz, sello impreso por la personalidad en la apropiación y uso de los órganos vocales, la fisonomía ó carácter de la palabra (lo mismo hablada que escrita) que da origen al *estilo* y sobre todo que el lenguaje sea para el hombre una *cópula mental*, es decir, una conversación exterior del sujeto que habla consigo, cualidad que importa mucho fijar para desechar el error de creer que existe un enlace mecánico entre el pensamiento y la palabra, cuando aquél, que es el fondo, precede racionalmente á la palabra, que es la forma. Ya Egger hace notar esto mismo en la infancia y afirma que, aparte que los niños estropean las palabras que oyen y aprenden por la debilidad de sus órganos en la articulación, tienen, sin embargo, una verdadera *iniciativa verbal*, que sería mayor, si no fuera porque se les da la lengua hecha. A la vez conviene observar que varios hombres, por ejemplo, pueden referir un suceso idéntico en el fondo, y cada cual lo contará á su manera, revelando todos en la información del signo su espontaneidad individual. Más significativo es aún el paralelismo fisiológico de órganos vocales con el oído, como se nota en las equivocaciones, corrigiendo en seguida que los hemos cometido los errores de pronunciación; porque el oído es como un espejo, en que nos vemos hablando.

Léjos de existir en el lenguaje union mecánica de la palabra con los estados interiores que queremos significar, preceden á aquella, y aún se producen sin ella, como se observa que acontece cuando nos cortamos hablando ó cuando no encontramos palabra adecuada para expresar

nuestro pensamiento. Precisamente lo que da relieve y claridad á la palabra es el pensamiento (las palabras nuevas son signos de nuevos pensamientos ó nuevas relaciones de éstos) y así, lo que se concibe claramente, con claridad se expresa. ¿Cómo ha de haber union mecánica de la palabra con el pensamiento, cuando decimos de muchos discursos que son mar de palabras y desierto de ideas y decimos también de algunos oradores que tienen palabra

dolores, sonríe alegre y tranquilamente; que el cómico se sirva del gesto, según el célebre actor inglés, como de gamma de la fisonomía de los músculos, como de alfabeto expresivo de las pasiones y que el hipócrita pueda llegar á convertir el lenguaje emocional en disfraz para ocultar su pensamiento.

U. GONZÁLEZ SERRANO



CORONACION DE LA VIRGEN, cuadro por Moretto de Brescia

premosa, pobre, y pensamiento profundo? La cópula mental se acentúa y toma plasticidad en la conversación interior de los hombres, que poseen una imaginación muy viva y fácilmente impresionable y en ellos la palabra mental, la interior es tan intensa á veces que llega á producir alucinaciones. Cuantos han escrito sobre el caso célebre de la sordomuda y ciega Laura Brigdman, dicen haberla observado hablando consigo por medio de sus manos, que apoyaba en las rodillas, hablando con una y contestando con otra.

Sólo una falsa interpretación del hábito (de pensar y hablar á la vez), que es lo que más se parece á la naturaleza, nos hace creer que siempre que pensamos hablamos, como si la *reverie*, el delirio del místico y la inspiración del artista no fueran estados interiores del alma que no han encontrado todavía palabra que los exprese, ni signo que los exteriorice. Así es que hablamos primero con nosotros mismos, proyectamos en la imaginación el signo y después lo concretamos plásticamente para exteriorizarlo. Efecto de esta espontaneidad inicial, que educada por la reflexión, condiciona favorablemente para expresar nuestra racionalidad, llega el hombre á dominar, con sus impresiones, los signos que tiene comunes con el animal, aún aquellos que por estar ligados con la textura de nuestro organismo, parecen inflexibles, fatales y solidarios con el medio natural. Hasta estos profundos limbos del lenguaje emocional llega el dominio que puede adquirir el hombre sobre sí mismo. Y en su virtud es asequible que el mártir, cuyas entrañas se tuestan y calcinan en medio de cruentos é inefables

## EL SALON DE LA MODA

PERIÓDICO ILUSTRADO INDISPENSABLE PARA LAS FAMILIAS

SE PUBLICARÁN 24 NÚMEROS AL AÑO CON FIGURINES ILUSTRADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS Á LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS, ETC.

LA SECCION DE LITERATURA CONTENDRÁ: NOVELAS, REVISTAS DE TEATROS Y SALONES, CRÓNICAS, INFORMES Á LAS SUSCRITORAS, ECONOMÍA DOMÉSTICA, ETC., ETC.

PRECIOS DE SUSCRICION:—EN ESPAÑA, un año, 60 reales. Seis meses, 32 reales.—Tres meses, 18 reales EN PORTUGAL, un año, 3000 reis. Seis meses, 1600 reis.—Tres meses, 900 reis. Las suscripciones empezarán el día 1.º de cada mes

Los Sres. suscritores á la Biblioteca Universal pueden recibir el periódico EL SALON DE LA MODA con un 50 POR CIENTO DE REBAJA sobre los precios de suscripcion

IMP. DE MONTANER Y SIMON